

Pierre de Lanux

La República de los espíritus desde 1900 a 1950 (*)

MEDIO SIGLO DE COOPERACIÓN INTELECTUAL INTERNACIONAL

«Que los reyes se transformen en filósofos, o que los filósofos se transformen en reyes, apenas se puede esperar. Ni hay que desearlo siquiera, porque el ejercicio del poder corrompe inevitablemente a la razón y altera la libertad de juicio. Pero sí hay que desear que los reyes y los pueblos reyes, es decir aquellos que se gobiernan de acuerdo con la ley de igualdad, no sufran el hecho de que la clase de los filósofos sea reducida a desaparecer o a callarse; por el contrario, se le debe permitir hacerse oír libremente; he aquí lo que exige la administración del gobierno, al cual nunca le serán bastantes todas las luces».

KANT: *Ensayo filosófico sobre la paz perpetua*, 1795.

«Es el espíritu el que ha comenzado».—PAUL VALÉRY.

I.—1900 - 1926



Se nota una fuerza irresistible en el crecimiento y la multiplicación, en el siglo XX, de lazos culturales entre las naciones y entre los hombres de diversas naciones. Casi independientemente de los progresos y de las catástro-

(*) Pierre de Lanux, notable escritor francés, por intermedio de la Unesco, envía exclusivamente para «Atenea» la presente colaboración.—N. de la D.

fes que marcan nuestra vida internacional desde hace cincuenta años, los países han evolucionado hacia esta «sociedad de espíritus», de la cual Paul Valéry hacía la condición necesaria de una sociedad de naciones. Este progreso ha podido parecer lento; pero en el transcurso de un medio siglo, el camino recorrido aparece como considerable.

En 1900 no existía ningún organismo internacional que tuviera por tarea la coordinación de las actividades del mundo entero, salvo los congresos de sabios y algunas asociaciones privadas con objetivos limitados. La cooperación intelectual se ejercía en algunos campos profesionales—astronomía, medicina, estadística, etc... Los únicos organismos oficiales como la Unión Postal Universal o la Oficina Internacional de Pesas y Medidas, conservaban un carácter técnico restringido, a pesar de lo útiles que fueran sus servicios. Todas estas actividades, por otra parte, no se hallaban de ninguna forma unidas con los diversos movimientos pacifistas e ideológicos que buscaban la aproximación política o sentimental entre los pueblos.

Pero el comienzo del siglo XX vió multiplicarse las asociaciones internacionales de carácter científico o literario. Al mismo tiempo, se toma conciencia de la relación que existe entre estas actividades y la causa de la paz. Los grupos que buscan a servir la paz sintieron la necesidad de salir de lo vago y de lo general, donde es demasiado fácil llegar a la unanimidad sin que un tal acuerdo engrane efectivamente con los actos

de las naciones. Por otra parte, ¿deben los congresos y asociaciones con objetivos culturales continuar prohibiéndose toda incursión en el dominio teóricamente reservado a los diplomáticos y a los políticos?

Estas dos corrientes iban a confluir. Ingleses, franceses, alemanes, fundaron en esa época sociedades que se proponían «facilitar las relaciones internacionales mediante el estudio de las manifestaciones intelectuales, morales y económicas de los pueblos» (Th. Steeg). El Congreso de educación moral de Londres, la revista «Cosmos» de Alemania, la Sociedad Internacional de Intelectuales de Italia, la revista *Die Bruecke*, fundada por el físico Oswald, establecieron el principio de la cooperación intelectual como instrumento de lucha por la paz. En fin, el filántropo Andrew Carnegie, donador de 10 millones de dólares para la fundación de un Instituto destinado a servir a la paz, propone como método «el estudio profundo y científico de las causas de la guerra y de los métodos prácticos para su prevención; la difusión de la información y la educación de la opinión pública sobre las causas, la naturaleza y los efectos de la guerra y sobre los medios de impedirlos» (Estatutos de la Fundación Carnegie). El senador belga Henri Lafontaine y su amigo Paul Otlet se consagran a este programa fundando un Anuario de la vida internacional (1909) y reúnen en Bruselas, en 1911, un gran congreso de organizaciones internacionales que crea a su vez una Oficina Central

permanente, precursora de las instituciones mundiales de hoy.

La guerra de 1914 interrumpe brutalmente estos esfuerzos, pero no detiene la evolución de los espíritus. Más bien la acelera, despertando en millones de combatientes y de civiles un horror nuevo, menos sentimental y más razonado, menos resignado y más resuelto a obrar; una voluntad de impedir efectivamente por medios humanos las guerras, actos humanos y no manifestaciones inevitables del destino; se trata, a partir de ese momento, de sustraerle a la «fatalidad» la facultad de fijar el destino de los pueblos, facultad que sólo una gran pereza de espíritu podía continuar consintiéndole. Como consecuencia, al salir de la guerra, tiene efecto el gran esfuerzo de organización de la paz por la Sociedad de las Naciones. No es nuestro propósito exponer aquí de nuevo los progresos debidos a los hombres de buena voluntad, ni la decadencia que fué deseada y obtenida por los hombres de mala voluntad, y tolerada por la inmensa muchedumbre de los hombres sin voluntad. Pero retracemos brevemente su aventura en el orden de la Cooperación Intelectual.

Las actividades intelectuales preparan y a menudo determinan la evolución de los espíritus en el orden cívico y político. Pero esta noción, sin embargo tan simple, era todavía prematura para la mayoría de los hombres de Estado, encerrados en preocupaciones llamadas «realistas», es decir de corto término. Se destaca la proposición de M. Hymans, delegado de Bélgi-

ca, de mencionar las relaciones intelectuales en el pacto de la S. D. N.

Los franceses y los belgas vuelven a la carga y en la primera Asamblea de la S. D. N. en 1920, más tarde en el Consejo, sus esfuerzos se realizaron. M. Julien Luchaire había redactado un primer «proyecto de convención creando un organismo permanente para la inteligencia y la colaboración internacionales en las cuestiones de enseñanza y en las ciencias, las letras y las artes». Este fué el punto de partida de la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual de la S. D. N., la «C. I. C. I.», que se reúne por la primera vez el 1.º de agosto de 1922 bajo la presidencia de Henri Bergson. El 16 de enero de 1926, el Instituto de Cooperación Intelectual, instrumento ejecutivo de la Comisión, fué inaugurado en París, en el Palais Royal. La Comisión, con su Comité de Letras y Artes, reunió a las más altas personalidades de la «república universal» de los espíritus: Mme. Curie, Einstein, Gilbert Murray, Paul Valéry, Galsworthy, el físico Lorents, Weingartner, Bela Bartok, John Masefield, Radhakrishnan, Karel Capek, Ugo Ojetti, Focillon... La desproporción entre el prestigio de estos nombres ilustres y los medios materiales puestos a su disposición para que cumplieran dignamente su tarea, era chocante. Los recursos del Instituto provenían sobre todo de la contribución francesa. Los gobiernos de ciertos países confesaban que las palabras «cooperación intelectual» no tenían para ellos

más que un sentido vago, y rehusaban interesarse. Mientras tanto, la abnegación de los miembros de la Comisión y de los funcionarios del Instituto permitieron realizar, entre 1926 y 1939, tareas ya considerables.

II.—DE 1926 A 1939

Un espíritu nuevo hizo su aparición entre las actividades internacionales, luego de la creación de la Sociedad de las Naciones. Este mismo espíritu irrumpió en los medios de la cooperación intelectual. Se alejaba del antiguo pacifismo, aunque sirviendo a los mismos fines: abolición de la guerra, comprensión mutua de los pueblos. Pero no se contentaba con reafirmarlo. Exigía el paso a la acción permanente y que se uniese efectivamente a los pueblos, ayudando a los trabajos de escritores, sabios, artistas y educadores, coordinando sus tareas y difundiendo sus obras, protegiendo sus derechos y favoreciendo el libre paso de las fronteras por las ideas. La enumeración de los resultados obtenidos en trece años de esfuerzos continuados sería larga.

La C.I.C.I. y el Instituto (reorganizado en 1930 bajo la dirección de Henri Bonnet) han jalonado la mayoría de los caminos que adopta hoy la cooperación cultural: el desarrollo de altos estudios internacionales; progreso de las legislaciones que se refieren a la propiedad científica o literaria; creación del Comité de inteligencia de las grandes asociaciones internacionales; coordinación de terminologías científicas, confección de

un Índice general de Traducciones, publicación de un gran número de monografías y de periódicos; éstas fueron algunas de las actividades del Instituto. La guerra y la ocupación alemana vinieron a interrumpirlas en 1939-40. Las cuestiones de educación habían sido enteramente relegadas, en 1921, por los hombres de Estado que temían la ingerencia de la S.D.N. en los asuntos interiores de las naciones soberanas. Sin embargo, se debe a la organización de la paz el apoyo del sentimiento público, cuyas raíces más tenaces se hallan en la educación recibida por la juventud de cada país. Tan es así que desde el año 1925 la C.I.C.I. abordó este dominio esencial. Así, es aquí donde se unen la colaboración entre los trabajadores intelectuales, la comprensión entre los pueblos y el servicio puro y simple de la paz.

Atacando a lo más urgente, que no era lo más fácil, la Comisión declaró (1) que una de las tareas más eficaces sería la de «suprimir o atenuar en los libros escolares los fragmentos que puedan sembrar entre la juventud de un país los gérmenes de una incomprensión esencial con respecto a otros países». Si se piensa en la extrema susceptibilidad de las naciones en materia de educación, en las tradiciones populares de desconfianza y hasta de hostilidad hacia los pueblos vecinos, se comprende que la tarea era delicada. Varios méto-

(1) Resolución de M. Casares, delegado de España, adoptada por el Consejo de la Asamblea.

dos prudentes fueron puestos en acción y fueron tenidas en cuenta observaciones presentadas por intermedio de las comisiones nacionales de cooperación intelectual, y se produjo como consecuencia un progreso muy marcado, especialmente en los manuales de historia franceses y alemanes, entre 1926 (entrada de Alemania en la S.D.N.) y 1933 (advenimiento de Adolfo Hitler). Luego de esta fecha ha existido, naturalmente, una regresión en los países totalitarios, donde la enseñanza histórica y racial recayó en la exaltación de la fuerza y el avivamiento de las enemistades hereditarias.

Las dos causas principales de debilidad, para la cooperación intelectual de pre-guerra, fueron, por una parte, la ascensión al poder en Europa de dictaduras, necesariamente opuestas a la libre circulación del pensamiento; por otra parte, la ausencia de los Estados Unidos de América en la S. D. N. El apoyo que aquéllos otorgarán más tarde a la UNESCO da fe de los servicios que hubieran podido rendir entonces. No hay duda de que sus escritores y sus sabios estuviesen listos a otorgar su colaboración. Pero toda afiliación oficial estaba impedida por el temor de un veto del Senado americano, tradicionalmente hostil a la colaboración internacional.

No obstante, las ideas progresaban a pesar de la carencia de recursos materiales. La prueba está dada por esas «Conversaciones» y esas «Correspondencias» que se instituyen entre los mejores espíritus de nuestro

tiempo. Además de los miembros de la C.I.C.I. y del Comité de Letras y Artes, se cuenta entre sus participantes a Thomas Mann, Unamuno, Langevin, Keyserling, Tagore, Madariaga, León Brunschvicg, Stefan Sweig, Freud, Huxley, Franz Werfel, Charles Morgan y muchos otros. Para el público superficial o escéptico, todo esto no era más que un juego de príncipes, sin aplicación llamada «real». Pero la respuesta a esta crítica está condensada en algunas palabras de Paul Valéry pronunciadas en la apertura de la conversación de julio de 1937:

«... Observemos ahora la sustancia de estos asuntos que se suponen serios, que se los opone tan fácilmente a las preocupaciones del espíritu en estado puro. Observemos, analicemos el mecanismo, la fisiología de las cosas serias. ¿Qué encontramos en ellas? Se descubre que los principios, los razonamientos, los argumentos que intervienen en los debates, en las decisiones que constituyen la acción política, no son más que desechos, reflejos, desperdicios del conocimiento y de ideas que han sido pensadas desde hace siglos y repensadas por hombres que fueron consagrados. En labios de oradores, de tribunos, de legisladores, no son más que copias o reflejos de imágenes, residuos de dialécticas, de definiciones elaboradas por hombres que no pensaban más que en el partido que podrían extraer de ellas y utilizadas por gentes que jamás meditaban sobre sus orígenes. Constituyen algo que ha sido logrado por un trabajo puro del espíritu, por hombres habituados a me-

dir sus pensamientos y a otorgarle toda la fineza, toda la exactitud y toda la precisión posible y son estas especulaciones las que, en último análisis, procuran a la acción todo lo que ella exige para hacerse oír, para hacerse obedecer; en una palabra: para hacerse real... »

Tal es, en efecto, el engranaje que conduce gradualmente del pensamiento de un grupo reducido de gentes a las acciones de los más vastos grupos humanos.

Desde luego, los hombres de pensamiento no habían esperado la llegada de la época actual para darse cuenta de todo esto. La Edad Media occidental y su unidad cultural, el Renacimiento y su universalidad, los animados intercambios de ideas entre sabios y filósofos en el siglo XVIII, cimentan los jalones de esta empresa que arriba a su magnífica eclosión en nuestro siglo. Cuando el rey Federico invitaba a d'Alembert a presidir la Academia de Ciencias de Berlín, se inspiraba sin duda en un loable deseo nacional de emulación; pero el primer congreso internacional de sabios, reunido en Alemania en 1928, procedía de un verdadero espíritu desinteresado de cultura. Después vinieron el primer congreso de estadísticas en 1853, de botánica en 1863, los de antropología, astronomía y farmacia en 1865, de medicina y arquitectura en 1857, de geografía en 1871. Estas cifras dan una idea de su multiplicación: se cuentan 219 entre 1860 y 1880, y 740 entre 1880 y 1900. Al comienzo del siglo XX, varios congresos reúnen a muchos miles de participantes. El crecimiento de las asociaciones internacionales

prosigue con el mismo ritmo: de 300 en 1909 a 510 en 1912.

Los mismos desarrollos se observan en materia de educación. Ya en 1817, M. A. Jullien, antiguo diputado a la Convención, proponía el nombramiento de una Comisión especial encargada de un gran trabajo comparativo sobre los métodos de educación en diversos estados de Europa. Deseaba, asimismo, crear un Instituto normal de educación y un boletín redactado en varias lenguas. Sesenta años más tarde, en los Estados Unidos, el Comisario de Educación sugería la creación de una organización permanente de congresos de educación. El holandés Molkenboer en 1865, el alemán Kurnig en 1904 y el húngaro Kemenyi recalcan, como Jullien, las estrechas relaciones que existen entre la educación y la paz.

Entre los otros precursores, citemos aún a la señora Fannie Fern Andrews, quien organizó en 1914 un congreso en La Haya con la intención de fundar una oficina internacional de educación. Dieciséis gobiernos tenían que ser representados, respondiendo a la invitación de los Países Bajos. La guerra impidió...

Después de 1918, siempre al margen de los organismos oficiales, los acercamientos se multiplican. Las conversaciones de Pontigny, los congresos anuales de la Unión europea, de carácter cultural, animadas por el príncipe Charles de Rohan, la asociación Porza, los Pen Clubs, constituyen algunos ejemplos. Numerosas

revistas, tales como la «Revue de Genève», adoptaron un aspecto internacional. Cada vez era mayor el número de escritores influyentes, cuya contribución literaria y exacta visión rebasaban los horizontes nacionales y colocaban rotundamente su obra en un plano continental o mundial: Keyserling, Valéry, Larbaud, cuando trataban problemas del espíritu. En fin, pongamos de relieve los trabajos acerca del despertar de una ética internacional cuyo crecimiento aparece a veces paralizado, a veces estimulado por las crisis contemporáneas y las penalidades consiguientes. Ética de la cual el mundo no puede desprenderse y cuya confección no puede estar a cargo ni del político sólo, ni del jurista, o del economista solamente, ni aún tan siquiera de la sola voluntad de los pueblos.

Se impone una síntesis cuidada de las experiencias y de las lecciones de la vida internacional, si es que la familia humana debe al fin recibir las reglas elementales de su conducta. Ya que «la moral corta los nudos que la política es incapaz de desatar», como dice Kant.

Es esto lo que las naciones y sus dirigentes parecen haber comprendido al fin, ante los acontecimientos de los últimos diez años.

III.—1939-1945

A pesar de que la guerra de 1939-45 ha excedido en horrores y trastornos a la de 1914-18, los espíritus

se hallaron mejor preparados, por su propio desarrollo, para enfrentarse con las interrogaciones capitales, propuestas pero nunca resueltas. El armisticio de 1918 exigía la coordinación entre los vencedores para consolidar la victoria y para hacer imposible la repetición de los grandes conflictos armados. Sorprendidos, hundidos por la amplitud de este programa, los hombres de Estado se rehusaron a añadirle preocupaciones de cultura y educación. Fué preciso dejarlos de lado; pero transcurrieron ocho años antes de que se creara el Instituto de Cooperación Intelectual. No una vez finalizada, sino durante la reciente guerra, los propios gobiernos se conmovieron ante la necesidad de enrolar a los espíritus en la organización de un mundo que ya no era más que uno. En 1942, en Londres, capital temporaria de la Europa libre, se reunió una Conferencia de Ministros de Educación aliados. Mediante varias reuniones sucesivas prepararon el terreno para las gestiones decisivas de 1945.

Por otro lado, desde la liberación de París el Instituto del Palais-Royal recomenzaba su actividad bajo la dirección de J. J. Mayoux.

En la Conferencia de las naciones americanas de Chapultepec, en marzo de 1945, los representantes de veinte repúblicas emitieron un voto sobre «la oportunidad de crear una agencia internacional encargada especialmente de acrecentar la cooperación intelectual y moral entre las naciones».

En la Conferencia de San Francisco, que creó a la

Organización de las Naciones Unidas, se presentó primeramente una proposición china, apoyada por diversos países, de confiar al Consejo económico y social de la O.N.U. «el desarrollo de la cooperación educativa y de otras formas de cooperación cultural». La delegación francesa recomendó la próxima convocatoria de una conferencia general para establecer los estatutos del nuevo organismo.

Por otra parte, Miss Gildersleeve, de la delegación de los Estados Unidos, expresó el voto formulado por varias grandes asociaciones americanas, en el mismo sentido que el de la proposición china.

En fin, la Carta de las Naciones Unidas, adoptada al final de la Conferencia, incorporó estas recomendaciones en un artículo que mencionaba «la colaboración internacional cultural y educativa».

Esta vez las naciones no habían esperado al armisticio para arrojar las bases de su cooperación cultural. Y luego de tres meses de cesado el fuego, la O.N.U. celebró en Londres, del 1.º al 16 de noviembre, la conferencia constitutiva de Unesco (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura).

Cuarenta y cuatro naciones tomaron parte en esta conferencia presidida por la Honorable Ellen Wilkinson, ministro británico de educación. Francia aportó un proyecto detallado. Es justamente la fusión de estos dos planes lo que origina la Carta de la Unesco.

Esta vez, la educación había sido colocada en la

cabecera del programa de la nueva institución, provista desde su fundación de un presupuesto muy superior a aquel de que disponía la Cooperación Intelectual de la SDN.

En cuanto al espíritu que inspiró a esta nueva síntesis de exigencias y de votos formulados apenas terminada la guerra, su expresión más nítida la hallamos en las intervenciones de varios delegados, particularmente de Miss Wilkinson, de M. León Blum, representante de Francia, de Mr. Archibald Mac Leish, de los Estados Unidos, y del señor J. Torres Bodet, de Méjico. Se podía observar allí ese optimismo razonado que reinaba en San Francisco y que había caracterizado ya a la Carta de la ONU.

IV.—1945-1950

Finalizados los trabajos preparatorios, la Unesco estableció su sede en París, en el antiguo hotel Majestic. Su director fué al principio el Dr. Julián Huxley, luego el señor Jaime Torres Bodet. El informe de este último en la Conferencia general, en su cuarta sesión de septiembre-octubre de 1949, constituye el panorama más completo y más reciente de las actividades de la UNESCO, actividades cuyo detalle se encuentra en numerosas publicaciones accesibles al público.

Dentro de los límites de esta exposición, la enumeración de esos trabajos sería o fastidiosa o desgraciadamente incompleta. Esta lista, cuya importancia crece

incesantemente, abarca empresas que prolongan aquellas que dirigía la S.D.N. y otras enteramente nuevas.

Para precisar el espíritu actual de la UNESCO tal como lo definen sus dirigentes, lo mejor es sin duda citar aquí algunos fragmentos del informe del señor Torres Bodet. He aquí cómo define los criterios que le sirven para clasificar los elementos del programa, por orden de urgencia:

- a) Importancia práctica para el mejoramiento de las condiciones de las masas populares;
- b) Posibilidades de asociar las élites intelectuales y profesionales a la acción del Secretariado;
- c) Posibilidades de alcanzar resultados en forma bastante rápida.

«Quizá, agrega, podría uno extrañarse ante el hecho de que la paz o la comprensión internacional no figuren entre estos criterios. Pero desde luego que todos los actos de la UNESCO favorecen a la paz y la comprensión entre los pueblos. La cuestión consiste en determinar el género de proyectos que mejor contribuyen. Creo que lo es el que trata de hacer algo por el hombre, en vez de simplemente disertar sobre él».

Más adelante el informe define lo que es la UNESCO debe ser: «una gran federación de las fuerzas espirituales del mundo».

En fin, citemos estas líneas de otro texto del señor Torres Bodet que mejor nos revelan acerca de la empresa que le preocupa más hondamente:

«La parte más importante, a mi juicio, del progra-

ma de la UNESCO, es el trabajo que efectuamos al servicio de la educación—en el sentido más amplio del término—en los países y territorios aun poco desarrollados, en esas regiones que el progreso ha dejado más o menos de lado. La civilización no ha descansado jamás sobre una base bastante sólida, aun en los países más avanzados. Su crecimiento será necesariamente incompleto y su supervivencia permanecerá en peligro siempre que más de la mitad de la raza humana no sepa leer ni escribir».

Sin prejuizar acerca del porvenir de la UNESCO, puede admitirse que este porvenir dependerá de la calidad de sus proyectos, de la eficacia de su personal y de la actitud del público y de los gobiernos de los diversos países. Inhibida por una prudencia excesiva, frenada por el veto de tal o cual Estado poderoso, ignorada del público y calumniada por ciertos detractores interesados en su fracaso, la UNESCO puede vegetar desarrollando una vida académica o burocrática, enfrascada en tareas que no son en absoluto inútiles pero sí de importancia menor. Conducida con clarividencia y, sobre todo, animada del coraje necesario para abordar los problemas realmente graves del mundo actual, aquellos que el fanatismo torna más oscuros y los intereses estrechos más ponzoñosos, no es exagerado decir que la UNESCO puede transformar, en el transcurso de una generación, el espíritu de las relaciones internacionales: no solamente de élite a élite, sino de pueblo a pueblo y de hombre a hombre.



CONCLUSION

Considerando este medio siglo de esfuerzos, se observa que el progreso realizado es el de haber, al fin, reconocido la influencia eminente de las actividades intelectuales sobre el curso de los acontecimientos que afectan a todos los hombres. Esto debe dar al «intelectual» un sentido más alerta de su responsabilidad social, y al ciudadano, una atención más justa con respecto a esas actividades cuyo efecto, a la larga, le concierne personalmente.

Los políticos quisieran que la responsabilidad del intelectual se tradujese inmediatamente en el «compromiso» al servicio de tal o cual programa temporal. Este compromiso no queda excluído, pero la conciencia puede rechazarlo en nombre de una exigencia de pureza en la obra, exigencia que también tiene sus derechos sobre el espíritu.

Existen dos maneras de destrozar una civilización. Una de ellas consiste en aislar mutuamente la vida material, que conduce así a la barbarie, de la vida intelectual que conduce, por sí sola, a la ineficacia.

La otra se realiza entremezclando al azar sus valores, que son distintos y deben seguir siéndolo. Es esto lo que expresaba Kant en el fragmento que citábamos en el epígrafe.

El destino de los hombres no puede quedar abandonado enteramente en manos de los hombres de Estado ni en los hombres de pensamiento. Pero de su alianza pueden resultar días mejores.